

# LAS MASAS MISERABLES

**S**EGUN un informe de la Oficina Nacional de Planificación de la República Dominicana, publicado a finales del pasado año, el 40 por ciento de los hogares dominicanos reciben menos de 125 pesos (unas 7.500 pesetas) al mes y más del 10 por ciento de las familias no superan 50 pesos (3.000 pesetas); la mitad de las mujeres trabajadoras reciben un salario que no pasa de los 86 pesos al mes (4.800 pesetas).

Según el citado informe, la elevada mortalidad (8,3 por mil) tiene su causa principal en enfermedades infecciosas y parasitarias, relativamente fáciles de evitar con medidas preventivas; la esperanza de vida para los dominicanos es de tan sólo 62,5 años; el 30 por ciento de los niños menores de cinco años está afectado de desnutrición, y el 4 por ciento de la población se encuentra en estado de desnutrición severa, con efectos irreversibles y hereditarios.

La República Dominicana comparte una de las grandes Antillas con Haití. La isla se llamaba Quisqueya, antes de que Colón llegara con sus tres carabelas; los indios que en ella habitaban pertenecían a la familia de los Tainos, de la tribu de los Arahucos. Fue la primera tierra americana que los españoles descubrieron y la llamaron Hispaniola.

A la Hispaniola ya habían sido llevados gran número de negros en los primeros tiempos del descubrimiento. Pero fue Bartolomé de las Casas el que, apiadado de los indios, solicitó, en 1517, al emperador Carlos V que autorizara la importación de esclavos negros a la isla para realizar los trabajos que aquellos no soportaban. Hoy más del 80 por ciento de los haitianos son negros; en la República Dominicana hay oficialmente un 11 por ciento de negros, un 73 por ciento de mulatos y un 16 por ciento de blancos (cuando se camina por los pueblos y las ciudades da la impresión de que los negros son muchos más).

## En el Norte

En la costa atlántica hay una ciudad llamada Puerto Plata, que tiene un monte con una estatua sagrada y un funicular, como en Río de Janeiro. Puerto Plata tiene una playa enorme de arenas blancas y, más allá, está el aeropuerto y junto a éste hay un pueblo pequeño que se llama Sosúa.

Sosúa no existía antes de la segunda guerra mundial. Entonces en la República Dominicana imponía el terror el dictador Leónidas Trujillo. Su sistema de gobierno no gustaba mucho a los norteamericanos y Trujillo, para disimular su propio abismo fascista, jugó a ser favorecedor de judíos perseguidos y les vendió, a bajo precio, unas tierras en las que la comunidad israelita construyó una urbanización. Poco a poco, convenientemente alejados, al otro lado de la playa fue creciendo el pueblo de So-

## GONZALO GOICOECHEA

súa. Ahora los judíos y los ricos viven sobre la colina, en casas con jardines rebosantes de flores; hay una sinagoga, dos hoteles con bungalows, un cine, una pequeña fábrica de embutidos y tres restaurantes. Todos los que viven en la colina son blancos. Por el día cantan los gallos y los pájaros y por la noche se oye al grillo y a la chicharra y animalillos como luciérnagas brillan de trecho en trecho.

Desde la colina se baja a la playa por una carretera rodeada de verde exuberante. Es una playa demasiado hermosa; forma una bahía con aguas de colores cambiantes según el sol, y los inmensos árboles tropicales llegan hasta sus arenas creando rincones sombríos y frescos. A la hora del ocaso, los mulatos y negros que trabajan en la colina abandonan la colonia de casas elegantes y, caminando por el paseo de la playa o por la carretera, llegan al pueblo, donde la gente es casi toda pobre, donde no hay apenas blancos.

Todos los días, a las 6,30 de la mañana, Cornelio sube la cuesta que lleva a la colonia y a las 7 comienza a trabajar. Lo hace hasta que oscurece. No tiene descanso semanal. Le pagan 55 pesos al mes (3.300 pesetas). Cornelio es prieto (negro) y todavía no ha cumplido los 15 años. Vive con diez hermanos más en una casa que es más bien una chabola: un techo de uralita y cuatro paredes de tablas y cartones; el suelo es de roca y tierra y el interior está dividido en dos estancias por una cortina hecha con anuncios de cigarrillos. Su padre murió en una pelea:

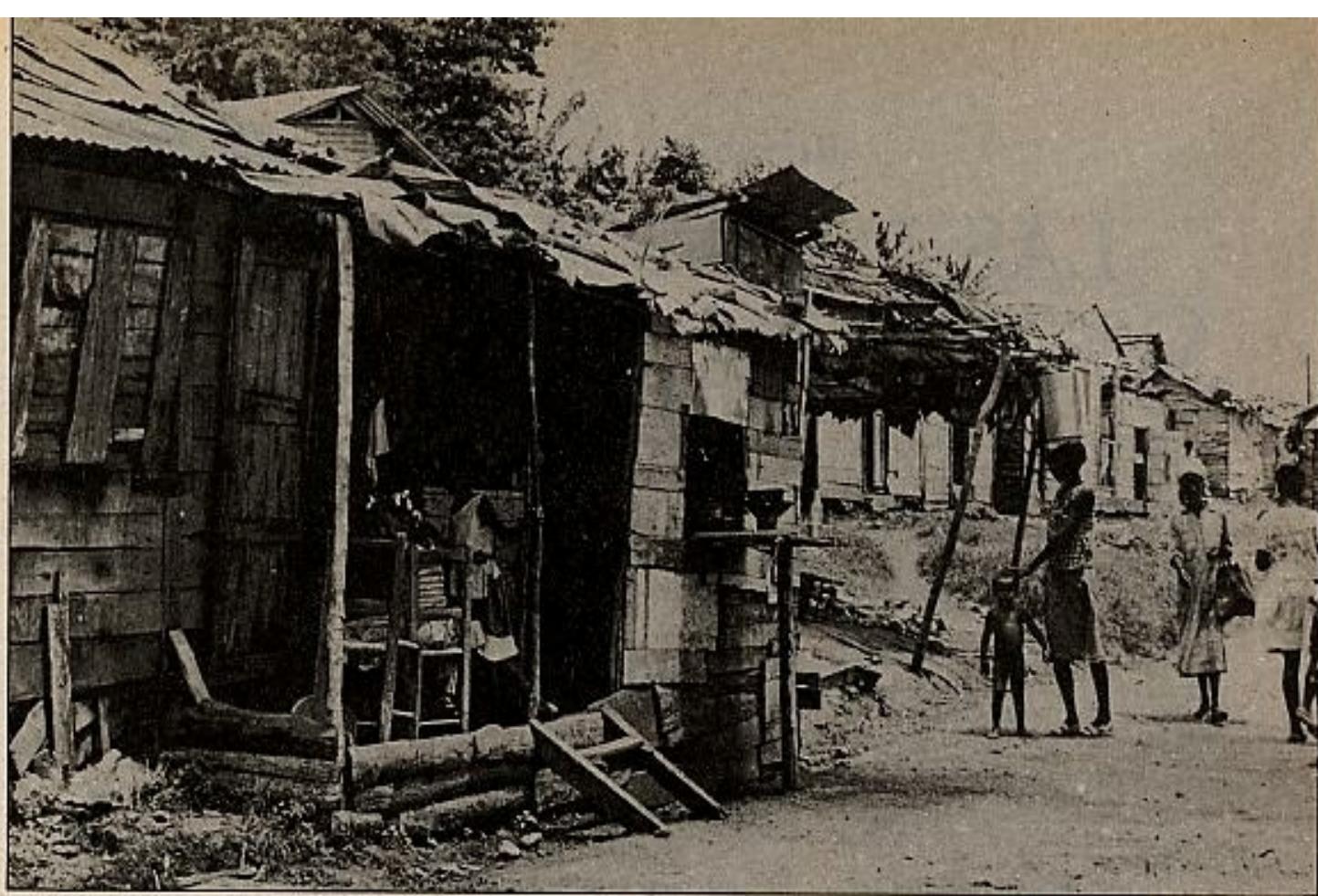
—¿Usted cree que si no hubieran matado a mi papá iba yo a estar trabajando con cincuenta y cinco pesitos al mes?... A mi papá lo mataron a

traición... El no estaba pelearlo, pero lo mataron con un cuchillo... Y yo me he de vengar...»

En la playa, en el pueblo, en cualquier parte, como en Santo Domingo, como en otras ciudades, alguien se acerca y propone: «¿Usted quiere una muchachita?... Si usted quiere yo le puedo encaminar...»

Aquiles es otro adolescente, también prietico: «Yo tengo varias muchachas. Ellas no trabajan, trabajamos nosotros... Ellas sólo ponen su cabesita, sí, su finquita». La entrada es por sobre rocas, en el confín del pueblo, al borde del mar, una casucha como tantas otras. Hay muchachas por 10 pesos (600 pts.), por cinco y hasta por dos. En las paredes, cuadros de santos, vírgenes y corazones de Jesús, con lamparitas encendidas.

La mayoría de las casas de Sosúa, a excepción de las de la colina, no son mucho mejor que la de Cornelio; las hay menos malas y alguna decente. Como el turismo crece, un Bermúdez, Juan, el de las fábricas de ron Bermúdez, el de más venta entre los dominicanos, está comprando poco a poco las casuchas que bordean la pequeña bahía. Dicen que no paga mal. Muchos aceptan el dinero y se van con él a otro pueblo, buscando una fortuna que no vendrá, a la misma miseria. Otros se resisten a vender. Sus chabolas forman pequeñas islas, envueltas en muros de cementos que Bermúdez levanta alrededor de cada terreno comprado. Joan, de ojos verdes y piel casi blanca, los señala al pasar con una tristeza resignada: «Levantán los muros para que no se vea... Acabará comprando todo porque aquí, ¿usted sabe?, la gente no tiene plata y es duro conseguir un peso». Las casitas blancas de teja española aumentan poco a poco. Bermúdez las rodea de flores y palmeras y el mar golpea abajo, en las rocas, monótonamente, y las olas, al romper, crean un murmullo bronco y relajante.



*En la República Dominicana el veinte por ciento de la población activa esta en paro, pero cuando llega la recogida del azúcar los haitianos de la otra parte de la isla son contratados a bajo precio.*

## En el Sur, la capital

La guagua no tiene aire acondicionado, casi ningún autobús lo tiene. Todos llevan, eso sí, una radio, conectada a gran volumen y durante el traquetreado viaje, las canciones de Julio Iglesias, Camilo Sesto, Lolita, Rocío Jurado y otros de igual ralea, suenan machaconas, mezcladas, gracias a Dios, con mucha música merengue, una especie de salsa, pero dominicana, que está muy bien (la música es una obsesión para los dominicanos; la escuchan constantemente; en todas las casas hay una radio funcionando y las melodías se mezclan unas con otras, produciendo una amalgama sonora de difícil clasificación).

Para llegar a Santo Domingo, la guagua recorre el país de Norte a Sur. Toda la zona norte pertenece al valle del Cibao, rico valle cruzado por la cordillera del mismo nombre. La capital del Cibao es Santiago de los Caballeros, el primer Santiago de América como dicen los carteles, cuna y hogar de la oligarquía, la ciudad de los pronunciamientos militares. La guagua para un largo rato en ella y luego continúa su marcha hasta llegar al Sur, a la capital de la República.

Santo Domingo es la ciudad más antigua de América: fue fundada por Bartolomé, el hermano de Colón y en ella residió el gobernador general; tiene una parte colonial admirable, que ahora está siendo reconstruida con esmero; tiene también el primer hospital de América, la primera iglesia, la primera catedral, la primera universidad.

Por las calles de Santo Domingo deambulan los cambiadores, que se acercan al forastero a cada instante, ofreciendo cambio en todos los idiomas. Porque oficialmente el peso es paritario con el dólar, pero luego resulta que no y que el cambio se hace a 24 pesos por 20 dólares. Hay muchos niños limpiabotas; muchos niños guías, muchos niños que venden periódicos en los semáforos, que venden fruta, papayas, guineos, cocos, zapotes; que se venden.

En Santo Domingo viven un millón de personas. Quizá haya más. Nadie lo sabe a ciencia cierta, ya que la afluencia de campesinos es constante. El índice de natalidad es elevadísimo; se calcula que en veinticinco años habrá ocho millones de personas. La ciudad es hermosa, tranquila. Sin embargo, muchos de sus habitantes viven en condiciones de miseria; una gigantesca mancha de casuchas, de *pisas*, se extiende, desde los márgenes del río, kilómetros y kilómetros (esas zonas de vergüenza que son las favelas de Río

de Janeiro, que son los cerros de Caracas, que son las villa-miseria de otros lugares, las callampas de otros lugares». A. Carpentier).

A pocos kilómetros está la playa que llaman de Bocachica. Las aguas del Caribe están calientes en diciembre. Frente a la playa, una isla de vegetal. Los efectos del huracán David, que asoló el país hace dos años, son visibles en Bocachica: a la izquierda queda un hotel casi en ruinas; los diques de cemento, las barandillas, los bancos, fueron arrancados por el ciclón y así siguen. Es sábado y hay gente venida de la capital, y un grupo de turistas italianos. Dos muchachas negras, hermosas, atléticas, se exhiben ante ellos; intentan quedar para la noche y ganarse unos pesos; se abrazan, bailan, hacen flexiones, de cuando en cuando, se bañan y, al salir, sus pieles brillan acharoladas por el agua.

En una pequeña mesa, guardada de la chiquillería por un celoso mulato de dientes estropeados, el escritor dominicano y su amigo español terminan de comer sus platos de mero y siguen con más ostras (a treinta pesetas la docena). Una mujer enjuta, negra y con vestido negro, se acerca a la mesa:

—¿Usted terminó ya?»

Y arrebató los restos de mero del plato, y se los come a toda prisa. El celoso mulato recoge todo, cobra y vuelve a la mesa, acaso intentando también una cita para esa noche:

—¿Usted no toma ron?... Mi papá toma mucho... Mi papá es católico, pero no cristiano... Es católico, pero toma mucho, siempre está tomando... En mi casa no se está bien ¿usted sabe?... Por eso yo me he de ir...»

## Emigrar, emigrar

A los dominicanos no les resulta fácil conseguir visado para ir a otro país. Para España no lo necesitan y tal vez por eso muchas mujeres dominicanas vienen aquí, a trabajar en los hoteles, en las cafeterías, en las casas particulares. La meta para los que quieren escapar de la miseria es Norteamérica (también Venezuela, aunque menos). Muchos están dispuestos a hacer lo que sea con tal de lograrlo. De esos deseos se aprovecha una especie de mafia que ha organizado una red de salida ilegal de emigrantes. Son gentes anónimas los emigrantes y si no llegan a su destino nadie reclama nada. El pasado verano, un suceso, relacionado con la emigración ilegal, conmocionó al país. Fue el caso del Regina Express.

El Regina Express era un barco aparentemente de mercancías. En realidad, se dedicaba al transporte de

emigrantes. A raíz de los hechos, se descubrió que una organización, a la que pertenecían un hombre con gafas y una antigua prostituta, reclutaba entre los campesinos voluntarios para ir a Estados Unidos. Los campesinos vendían sus casas, sus bohíos, y sus pocas tierras y así podían pagar el pasaje. Luego se les citaba en un lugar de Santo Domingo, se les metía en un container y eran cargados en el Regina Express como una mercancía más. Un día, sin embargo, la policía militar fue a hacer una inspección de rutina. El capitán del barco, para que los polizontes no fueran descubiertos, ordenó que los metieran en un tanque; después, hizo inundar el tanque con agua. De los 36 polizontes, murieron 22.

Las autoridades ordenaron una investigación de lo ocurrido. Los periódicos escribieron columnas y más columnas contando cosas terribles sobre el Regina y sobre la emigración ilegal. Las autoridades aseguraron que todo iba a ser aclarado. El capitán del barco, los sobrevivientes y el marinero que denunció los hechos fueron detenidos; también, el hombre con gafas y la vieja prostituta. A las pocas semanas los sobrevivientes fueron puestos en libertad; también, el marinero (ahora está escondido, pues ha sido amenazado de muerte). El primer juez nombrado para el caso fue amenazado de muerte y se retiró del asunto. En noviembre fue puesto en libertad el capitán del barco. Todavía no hay nada aclarado.

Sin embargo, a pesar de todo, a pesar de que hay un 20 por ciento de parados, un movimiento migratorio concluye hacia la R. Dominicana: son los Haitianos. En cierta forma, los dominicanos los desprecian un poco, o al menos se ríen de ellos, gastan bromas sobre sus desgracias, tal vez porque el siglo pasado los haitianos les invadieron e impusieron una feroz dictadura que duró veinte años, acaso porque ellos sí que son negros del todo.

Entre los dominicanos se considera una deshonra trabajar cortando la caña de azúcar, dicen que es una faena apropiada sólo para haitianos negros. Hay quien piensa que todo eso no es más que un mito, inventado y azuzado por los propios azucareros para mantener los salarios bajos. Cuando llega la temporada, los haitianos son contratados por camiones. Luego, cuando la zafra termina, son devueltos a su país, donde les espera la feroz dictadura de Duvalier y una miseria infinita que hace rico a cualquier dominicano. Algunos logran quedarse; venden lotería por las calles. Los haitianos, en la República Dominicana, son parias de los parias. ■ G. G. (Fotos: MARTIN).